

## DESIERTO Y SOLO

por ENRIQUE BARBIERI

Hay lugares que irradian paz; lugares en los cuales conviven armónicamente la rigidez lineal de la tierra hecha ladrillos y cemento, con la mórbida curvatura de las raíces que parecen mujeres entrelazadas y el vuelo repentino de los pájaros. Esta placita -por ejemplo- y aquel café oscuro y fresco, son para mí el centro de una serie de imágenes agradables que no cesan de atraerse mutuamente, arrastrándose unas a otras al escenario, como actores tomados de las manos al final de una representación, antes de que el telón los oculte.

Y dándoles coherencia, el barrio.

Cuando alguien habla de Villa Devoto ~~me~~ me convierto en un fervoroso panegirista de sus calles tranquilas, de sus árboles, de su cielo siempre cercano. En realidad, nunca caminé por ~~allí~~<sup>aquí</sup>. Invariablemente mis repetidos y monótonos paseos fueron entre el bar y la estación, como si uniera dos soledades, una luminosa, otra gris. No conozco nada, pero ahora, en la estación, me parece que el conocimiento que tengo de ~~esta zona~~<sup>esta zona</sup> es esencialmente verdadero y, más que eso, punto por punto exacto y fiel. Acabo de suicidarme. Las nubes corren y se deshilachan sobre el paisaje quieto del que formo parte. El grito de algún empleado o pasajero, la frenada inútil del tren, el alarido que no pude evitar, quizás la atracción que la gente siente por los accidentes ferroviarios, hace que varias personas se hayan asomado al andén y empiecen a venir hacia acá. Corren y se

detienen, indecisos, impresionados, gigantescos. Un muchacho rubio vestido de azul es el primero en llegar. El tren me deshizo. Por lo que puedo ver, hay pedazos ~~de~~ dispersos en un radio de varios metros. En la nuca, como si fuera la entrada de la muerte, siento un frío metálico al que no puedo acostumbrarme. El choque produjo un estallido general y la sangre ~~de~~ se desparramó entre los rieles y los durmientes de quebracho que ahora, a mi alrededor, han tomado su antiguo color rojo. Las plantas huyen por donde pasa el tren. Hay tierra pelada y reseca, piedras puntiagudas, feas, un panorama miserable y desolado, al menos desde mi posición.

Ya me rodea bastante público. Me repugnan las caras enrojecidas por la emoción. No pensé que iría a quedar ~~tan~~ expuesto, tan a la vista de los curiosos. Me había formado una idea privada de este momento, y ahora reconozco haberme equivocado. Claro, en las previsiones estaba ~~en~~ solo y también me equivoqué. Siempre me gustó la sensación de saberme observado, pero esto es atroz: no hay ropa, ni sombreros, ni anteojos negros que oculten los defectos y las proporciones ridículas. Siento mi cuerpo destrozado en el centro de una esfera translúcida y giratoria y todos mirándome desde todos los ángulos como si me conocieran o, qué extraño, como si yo los conociera.

Llegan hombres de uniforme. Son altos y oscuros; se ríen. Según se analice, un descuartizado puede constituir un espectáculo grotesco. Indudablemente ~~no~~ no soy objetivo, pero es una limitación personal que no invalida el comportamiento de estos servidores públicos, que además cumplen una función humanitaria. (Cómo los odio, con que placer dinamitaría sus cuarteles, sus cuevas, sus cabezas rellenas de inmundicia).

Uno de ellos trae un palo larguísimo, una de esas pértigas que se utilizan para manipular sin peligro los cables aéreos. Me toca con la punta, me empuja: es afilada, duele, tiene una enorme boca permanentemente abierta, una boca de jefe que goza mostrando sus dientes.

Conozco esa maniobra. Soy nada más que un pedazo de carne fresca.

Ya reunieron mi cuerpo sobre una tela encerada; quizás, me aterroriza pensarlo, un mantel de hule.

Los veo flotando, moviéndose lentamente, agachándose para recoger trozos irreconocibles y es como si el aire se hubiese transformado en agua y esta fuera una escena en el fondo del mar.

Ah, se han puesto guantes.

Buzos, buceadores, buscadores.

Me llevan.

Estoy en un lugar oscuro y caluroso. Las paredes de la bolsa son pegajosas (siento que no terminan de adherirse a pesar del contacto y la inmovilidad; aunque ésta es relativa, ya que de tanto en tanto alguna zona de la tela encerada cambia de forma espontáneamente, produciendo un ruido sordo y acuático, como si una burbuja reventara bajo la arena).

La oscuridad y el silencio son absolutos. Mi cuerpo, fragmentado e incompleto, ocupa menos lugar del que ocuparía en circunstancias normales.

¿Quién puede tener noción del tiempo? Horas de silencio roto solamente por algunas voces sofocadas, lejanas, que llegan desde algún lugar.

El interior de la bolsa se ha llenado de un líquido espeso. ¿Quién les avisará a ellas? ¿Estarán juntas en ese momento, ~~una con otra~~ o será mi mujer, sola, la primera en saberlo? Imagino la noticia entrándole por el oído, estallando dentro de su cabeza como una iluminación de fuego.

Me acostumbro a la oscuridad; distingo manchas móviles, palpitantes, que se alejan, se hacen más densas, granuladas, con reflejos rojizos o cruzadas por líneas de un azul tan oscuro que parece un matiz del negro.

Piedras gelatinosas. Tengo la sensación de rugosidad blanda, de ca-

verna tibia, viva.

Hace mucho calor; sé que no puede ser tanta la oscuridad; en este mundo no existe semejante perfección, esto es otra cosa, lo sé confusamente, querría saberlo, mejor dicho, pero las ideas se me escapan, se incorporan a las sombras que me rodean y pierden fuerza y entonces todo es oscuridad y también el temor absurdo de que arrojen la bolsa al fondo de un pozo, los pedazos se dispersarían hasta llegar al estómago de alguna alimaña, porciones de carne rosada y deshecha flotando en caramelo y el brillo centelleante de un arpón que corta el agua buscando la solidez que detenga su carrera de espacios infinitos para un solo blanco, verlo cruzar buscándome, perdiendo de a poco su velocidad, creciendo como la proa de un barco que parte las olas.

Se abre la puerta; jamás había oído tan minuciosamente el chirrido de las bisagras y la irrupción del aire del exterior en la pieza, atmósfera cargada de peligros, cortante, filosa. Escuché cada uno de los componentes del ruido (cientos, miles de curvas sonoras, multívocas, infinitamente ramificadas y armónicas). En sus partículas hay música y el silencio no existe.

Han encendido una luz, estoy seguro; siento que un reflector potentísimo está apuntándome directamente. La luz reúne mi cuerpo, lo endurece. Unas manos enguantadas me tocan con decisión y violencia, me separan, me vuelven a la oscuridad.

De nuevo estoy solo. Afuera, nítida y lejana, reconozco *la* voz de mi mujer. ¿Es ella o es su voz la que grita y llora? Sorpresa, dolor: es lo mismo, ya no puede ocurrir nada. Sonrisas, ironías, el amor que *desemboca* en un precipicio de rocas más duras que el acero del tren y que mi carne. ¿Me llevarán hasta donde pueda reconocermelo o entrará aquí, a esta pieza solar?

Me está mirando. Estoy deshecho y ella me está mirando. Abre los ojos, parece no entender, grita y se apoya las manos en el vientre.

No **se** acerca, alguien me aleja: siempre le repugnó la sangre. ¿Qué le hice para que me deje solo?

Por suerte, desangrarse produce alivio; la sangre es tensión, responsabilidad con todos, con el universo.

Mi madre y mi suegra vivieron siempre con nosotros, juntas en un increíble dormitorio lleno de minúsculos adornos de porcelana y de cristal que se amontonan sobre la cómoda, las mesas de luz y en los estantes de madera negra que enmarcan la ventana; estoy rodeado de mujeres que, preciso es decirlo, jamás dejaron de atenderme; para ellas mi suicidio será inexplicable. Estoy seguro de que nadie, absolutamente nadie, pudo pensar que ~~yo~~ haría semejante cosa; los engañé, aunque haya procedido con lealtad. Además ¿cómo transmitir algo valioso, algo que aparentemente nos trasciende pero que no sale de nosotros y permanece girando en los sinuosos laberintos del cuerpo y del alma como la materia de una piedra preciosa, encerrada, bellísima, sola? Es cierto que desde un tiempo a esta parte ~~yo~~ noté en las miradas una suerte de desconfianza, una intensidad de duda o sospecha, pero no esto: yo, creo, procedí con sostenida naturalidad. No quita que en el velorio saldrán a relucir los pronosticadores del pasado: son mentirosos: yo no tenía que terminar así: pudo ser distinto y mis días ser mejores. Sucede que la gente -e incluyo a mi familia, a la cual sigo queriendo- es prácticamente ciega. Nunca percibieron que ~~yo~~ vivía en el infierno. Nadie se mata en un momento de desesperación; ocurre que somos bestias tristes y aguantadoras y entonces las desdichas se van amontonando como en una geología del dolor. La muerte es un orgasmo, una explosión de semen negro y estéril como el barro de la tumba.

~~Una vez que me acordaba y me acordaba~~ (lo imagino blando y pegajoso como este líquido en el que estoy flotando).

Caras burlonas y desdeñosas; hombres y mujeres sonrientes, de labios

carnosos, lívidos; fantasmas satisfechos: no los culpo. Lo cierto es que la soledad más absoluta puede, a veces, confundirse con la convivencia armónica y la felicidad.

Sus pasos resuenan en un corredor; querría ver cómo afronta este momento tan difícil, me gustaría saber si estuvo a punto de desmayarse; a través de los años que la conozco, siempre se jactó de poseer una gran presencia de ánimo.

Si mamá pudiera verme.

Si no la venciera el asco.

Es la única en acercarse; la veo de blanco, con los brazos extendidos, alta, sudorosa; no le importa mancharse las manos, me acaricia la frente (blanda, más blanda que sus manos), el pelo pegoteado (siempre) entre sus dedos la presencia de mi sangre).

Sueños de ciego.

Me taparon con una tela suave, más suave que la bolsa. Seca y liviana. Piedad.

Pronto vendrán los de la funeraria a reconstruir algo que se parezca al cadáver de un hombre. Dioses ineptos trabajando con barro, amasando sin respeto una basura muerta para siempre.

En las últimas horas el mundo se ha simplificado ; de a poco, esto se diluye.

Esperé dolor, hubo asombro. Pensar que no me querían sería fácil y tal vez justo; no quiero hacerlo, sin embargo; no quiero destruir esta calma llevándome un mal recuerdo.

ENRIQUE BARBIERI, 1976.